



Huracanes como soplos

La Fundación Tàpies exhibe la obra delicada y radical del dúo americano Allora & Calzadilla

POR ÁNGELA MOLINA

He nacido una noche de verano / entre dos pausas Háblame te escucho...”, escribe Vicente Aleixandre después de preguntarse, por boca de Byron, qué es un poeta: “Un charlatán”. Hay obras de artistas que son exactamente eso, cesuras, entradas directas, cacofonías flotando en la temerosa realidad. Y aun así, frente a y entre las piezas sonoras de Jennifer Allora (Filadelfia, 1974) y Guillermo Calzadilla (Cuba, 1971), el público experimentará la sensación de sentirse conectado con ellas en el marco adecuado.

Las salas de la Fundación Antoni Tàpies están prácticamente desnudas, apenas unos pocos elementos y el vacío de la aceptación de una lucha que comienza. En este universo particular, extraño, las espadas son labios; los huracanes, soplos. Y lo son en una modalidad que marca la transición entre la instalación artística y el concepto; o, por decirlo de otra manera, estas obras son arte liberado, su pluralidad de formas —escultura, sonidos/silencio, vídeo, performance— es acero crítico, poema. Ya han pasado unas cuantas semanas desde la inauguración de la muestra y parece más crecida, sedimentada, aun cuando lo más valioso es su discreción, su refinamiento. El refugio donde todo amante del arte merece estar.

Los comisarios de la exposición, Carles Guerra y Sara Nadal-Melsió, han ideado una partitura con 10 cesuras: una nota musical extraordinariamente baja (un sol -7, equivalente a 0,189 hercios) que emite un hom-

bre con unas dotes vocales únicas (la película *Apotomé*); el aliento de tres vocalistas que resoplan frente a una piedra de 4.000 millones de años (la performance *Lifespan*), o un músico que toca el instrumento más antiguo que se conoce, una flauta tallada por el *Homo sapiens* a partir de un hueso del ala de un buitre común (*Raptor's Rapture*), con la particularidad de que la flautista (Bernardette Käffer, especializada en instrumentos prehistóricos) libera el sonido de la pipa en presencia del buitre, conectando así el rastro acústico de un descendiente vivo con su antepasado.

Vibraciones y silencios se filtran por todo el edificio, en la biblioteca, la azotea, la sala de proyecciones, las oficinas del personal. En cada pieza, el elemento visual queda supeditado al auditivo, incluso en la más “escultural”, un antimonumento ecuestre que representa un hipopótamo (*Hope Hippo*) hecho de barro a escala real, el animal lleva sobre sus lomos a una persona —el denunciante— que lee los periódicos y toca un silbato cuando detecta una noticia sobre cualquier tipo de injusticia.

La performance *Stop, Repair, Prepare: Variations on 'Ode to Joy'* parte de la “danza” libre de un piano Bechstein que muestra su herida, un agujero circular en medio de la caja por donde se introduce un pianista, que toca el cuarto movimiento de la *Novena* de Beethoven mientras camina sin una dirección concreta o haciendo círculos por la sala. El piano es una prótesis que libera —o atrapa— al músico, tiene las teclas alteradas —dos octavas no son operativas—, de manera que el *Himno a la humanidad* de la Unión Europea suena como una sinfonía desquiciada que señala, entre otros desastres, a la crisis que azota Puerto Rico tras el paso de los huracanes Irma y María el pasado mes de septiembre. Fueron las pausas de una noche de verano que dejaron a la población en un estado de dependencia absoluta del exterior, o, como dicen Allora & Calzadilla, de “colonialidad encubierta”. En San Juan, capital de la isla antillana, tienen los dos artistas su residencia y estudio, desde allí nos envían sus fábulas contra la saturación cultural de un primer mundo preocupado sólo por el desarrollo tecnológico.

Allora & Calzadilla. Fundación Tàpies. Barcelona. Hasta el 20 de mayo.

Hope Hippo (2005), de Allora & Calzadilla. A la derecha, *Untitled Conversations*, de Grigely. ROBERTO RUIZ

Ruido, por favor



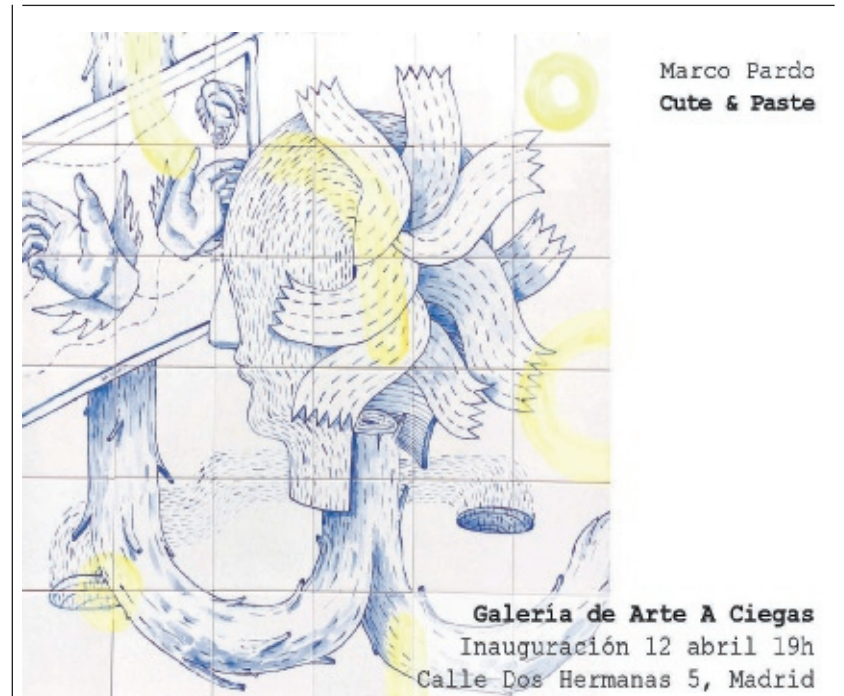
POR BEA ESPEJO

Existe una palabra, *rhopography*, que circulaba a mediados del XIX y que sobrevuela ahora la exposición de Joseph Grigely (Massachusetts, 1956) en NoguerasBlanchard. Alude a esas cosas triviales de las que se nutre nuestra vida como seres humanos. El lenguaje, sin ir más lejos. Imaginen si cada palabra que nombramos tomara una forma material: mesas cubiertas de pronombres, cajones llenos de oraciones, almohadas amontonadas como prefijos... Las obras de este artista persiguen algo de eso, la materialización de la vida cotidiana.

Aquí tienen forma de globo, de estufa, de recorte de periódico y de mantel de papel, que funcionan como cualquier naturaleza muerta. Tienen tanto ruido implícito como Canaletto. Tanto estudio sobre el color como Malévich. Tanta represión de lenguaje como Agnes Martin. Grigely estira el suyo desde que se quedó sordo a los 10 años. Lo retuerce, lo modifica y lo des familiariza. De algún modo, nos lleva dentro de él. En 1994, decidió empezar a trabajar con esas notas escritas con las que se comunicaba para pensar cómo los archivos pueden pensarse de manera crítica y creativa. Creó uno gigante, que sobrepasa los 85.000 papelillos, con los que compone sus *Untitled Conversations* poniendo al límite el potencial de la comunicación humana. Lo mejor es cómo la idea de discurso adquiere un nuevo significado en sus manos y cómo venera la mala articulación del lenguaje para dismantelar los privilegios de ese relato oral del mundo. “I’m happy”, dice la esquina de un papelito alargado. Él también sonríe sabiendo que cualquier idea de limitación es nuestra. Cuánta inteligencia.

‘Joseph Grigely. Small Talk’. Galería NoguerasBlanchard. Madrid. Hasta el 19 de mayo.

“ Los artistas envían desde Puerto Rico sus fábulas contra la saturación cultural de un primer mundo preocupado solo por el desarrollo tecnológico



Marco Pardo
Cute & Paste

Galería de Arte A Ciegas
Inauguración 12 abril 19h
Calle Dos Hermanas 5, Madrid